

Cientos de familias buscan refugio en sus casas de playa

ÁGUILAS

La localidad costera, y en especial Calabardina, sirvió de refugio para muchos lorquinos que poseen su segunda residencia allí. La pedanía, desierta hasta la llegada del verano, está repleta de lorquinos que pasarán los próximos días a la espera de noticias. Muchos de ellos llegaron ayer a primera hora de la mañana.

«Hasta que no nos den seguridad, no volveremos», confiesa Ángela Pardo, que junto a su hermana, sobrinos y nietos intenta asimilar lo ocurrido. «Algunas madres estaban desesperadas buscando a sus hijos, mientras no paraban de caer trozos de los edificios. Un desastre», relata. Cualquier vecino con una residencia en Águilas ha reclutado a familia y amigos para 'acampar' en sus viviendas. El objetivo es que nadie se quede a dormir en Lorca. Un pequeño supermercado no cesa de recibir a vecinos en busca de víveres

porque nadie sabe con certeza hasta cuándo durará este forzado exilio. Una cafetería céntrica de la pedanía está siendo el principal punto de encuentro de muchos lorquinos. Allí, Gonzalo Díaz, junto a su familia, cuenta que los temblores le sorprendieron trabajando. Pero los lorquinos no van a tener fácil quitarse el miedo de encima. Mari Carmen López reconoce que volverá a Lorca «sólo en horario laboral» y cree que pasarán muchos días hasta que pueda volver a su hogar.

■ ALFONSO SOLER



Ángela Pardo y su familia, ayer en la playa de Calabardina. ■ A.SOLER

Madrugada entre los sueños y las ruinas

Miles de damnificados pasan la noche a la intemperie con escasez de víveres y el miedo aún en el cuerpo por las réplicas

TEXTO:
MANUEL
MADRID
FOTOS:
GUILLERMO
CARRIÓN



✉ mmadrid@laverdad.es

Cerrada al tránsito y con escombros por doquier, Lorca se asemeja a una ciudad fantasma con las calles acordonadas y la gente en campamentos

LORCA. La primera noche al raso tras los terremotos se hizo eterna. El inolvidable crujir de la tierra, los hogares reventados, los cascotes manchados de sangre, los gritos de pavor, las lágrimas de rabia... todo volvía una y otra vez a despertar a los supervivientes que aguardaban un nuevo día a la intemperie en esta ciudad desalojada y tomada por el Ejército y los servicios de emergencia. Entre tinieblas, Lorca era una ciudad fantasma. Miles de lorquinos acamparon en los jardines tras perderlo todo menos la vida y el miedo a otro temblor peor. En los barrios más golpeados no había perros ni gatos. Sólo luces apagadas, escaparates rotos, fachadas volcadas en las aceras, coches siniestro total y patrullas de policía haciendo rondas entre las ruinas.

En el parque de San José había más de 200 refugiados desvelados, la mayoría familias, espantadas por la idea de volver a entrar a sus casas. A unos se les hundieron las escaleras, otros se habían quedado sin paredes en el salón e incluso había edificios en los que se hundió el ascensor. «Nuestro piso ha quedado como un loft, sin tabiques y todo por los suelos. Tendremos que meter una pala para extraer los escombros», se compadecía un matrimo-

nio joven que se enfurecía a medida que transcurrían los minutos de desespero. «Es que no podemos explicarnos por qué nuestro edificio, que no tiene 3 años, no aguantó».

Mari Carmen López, vecina de La Viña, el barrio donde fallecieron dos de las víctimas, tiritaba. Desconocía si la póliza de su seguro cubrirá los destrozos en su bloque, que ha quedado literalmente «doblado», en caso de catástrofe natural. «Estamos aquí en la calle porque mis hijos tienen pánico a las réplicas y porque nos han pedido que no volvamos todavía. Dicen que hasta las seis o siete de la mañana habrá nuevos temblores. También dicen que la iglesia del Carmen se ha hecho picadillo. Todos tenemos miedo. ¿Cómo podremos superar esto?».

La gente se hacía preguntas. Pensaban que el alcalde de Lorca, Francisco Jódar (PP), tendría respuestas para todo. «No se puede saber si habrá más réplicas, sólo sabemos que Lorca está rota», repetía Jódar en los campamentos durante un primer reconocimiento de madrugada. La casa del primer edil también está afectada, al igual que el Ayuntamiento, donde sintió las dos sacudidas rodeado de sus colaboradores mientras preparaban una rueda de prensa. Las consecuencias no se hicieron esperar. Una pared de cristal reventó, como la misma Ciudad del Sol.

María Victoria estaba en la ducha con el segundo temblor y su perra Poppy escapó y ahora la busca

«Tendremos que meter una pala para extraer los escombros. El piso se ha quedado como un loft»

A María Victoria Caballero el segundo «porrazo» le pilló en la ducha. Era tal el nerviosismo en su casa que su perra yorkshire, que responde al nombre de Poppy, huyó al ver la puerta abierta. «Se asustó y salió corriendo. Tiene el pelo de color fuego y lleva el microchip puesto. Hemos preguntado por todas las calles, pero quién sabe dónde estará. Mañana volveremos a buscarla». Felipe Villegas, coordinador de un equipo de Protección Civil, acreditaba que los jardines estaban también a reventar, pero no todos cabían en las carpas instaladas. A las 2 de la mañana todavía estaban a la espera de recibir más avituallamientos líquidos y sólidos. «Lo más urgente es un techo para dormir, pero lo cierto es que la gente ha reaccionado con tranquilidad».

A pesar de que había motivos, muy pocos lorquinos se quejaban. Una voz clara nos ofrece agua, zumos y bocadillos. Pero escasean las mantas, por eso había familias enteras durmiendo en sus coches, sobre todo personas mayores. En otro de los campamentos de La Viña había otras 200 personas, aunque el número de damnificados era intermitente. Conforme avanzaba la noche más se apiñaba la gente. El calor humano era lo que más reconfortaba en esta noche de pesadilla, entendía Ana Mato, vicesecretaria de Organización del PP, que llegó a Lorca de madrugada para unirse a la comitiva de Jódar y consolar a los afectados con sentidos abrazos.

Pedro Antonio Sánchez, alcalde del municipio hermano de Puerto Lumbreras, estaba conmocionado con el panorama callejero. «A partir de hoy empiezan los problemas, pero ahora más que nunca hay que estar con nuestros amigos lorquinos», decía quien hace unos años vivió en primera persona las consecuencias del huracán Emily durante un viaje a la Riviera Maya, en México. «Siempre pagan los más débiles, y no hay derecho a eso».

La avenida Juan Carlos I, en el corazón de la ciudad, parecía haber sufrido una hecatombe. Decenas de vehículos estaban enterrados por piedras y bloques de hormigón de



Juntos. Familias enteras pasaron la noche al raso.



Conectados. Muchos siguieron las noticias por internet.